

EXPEDICION ACONCAGUA-PATAGONIA 1995

CABO 1º FERNANDO RIVERO DIAZ

"Nadie apoltronado en la tibieza de una vida timorata puede juzgar a aquel que hace derroche de su propia vitalidad"

HACIA ya varios años que tenía deseos de realizar la ascensión del Aconcagua. Pocas montañas que alcancen los siete mil metros se brindan con tanta facilidad técnica, y eso unido a que esta montaña tiene la suerte, o la desgracia, de ser la mayor altitud de América, me animó a unirme a Luis Alberto Agüero y a Félix García, expertos montañeros del Grupo Almanzor de Avila, para intentar la ascensión en enero de este año.

Salimos del aeropuerto de Barajas el día 13 de enero y tras once horas y media de vuelo, llegamos a Buenos Aires en un día caluroso del verano austral,

haciendo trasbordo con dirección a Mendoza, una de las ciudades más ricas del país, lugar donde se tramitan los permisos de ascensión y el alquiler de las mulas para el porteo de la marcha de aproximación.

Por fin el día 17, con toda la documentación en regla y la comida comprada, nos dirigimos en autobús hasta la estación de esquí de Penitentes, donde compensamos el peso de los petates para las mulas y desde donde nos llevaron en una furgoneta hasta la aldea de Puente del Inca (2.700 metros), donde a las tres de la tarde comenzamos una corta primera etapa de la marcha

de aproximación, alcanzando los 3.500 metros de altura en Piedra Grande, una media hora de marcha después de Confluencia, lugar donde confluyen las aguas de deshielo de los glaciares de Horcones Superior e Inferior.

La cumbre del Aconcagua (6.959 metros) vista desde un punto de la ascensión.

En la aproximación al campamento base nos cruzamos con gente que baja desgastada tras aguantar los últimos temporales. Desde el día 9 de enero no ha hecho nadie cumbre, debido a las grandes nevadas caídas, las mayores de los últimos veinte años en verano, pero no nos desanimamos, pues hoy ha hecho buen tiempo y sabemos que la cara norte de la montaña se limpia de nieve con facilidad, debido al viento del Pacífico, que entra a cañón, gracias a que el Centinela de Piedra (nombre con el que conocen los indios al Aconcagua) se levante mil quinientos metros por encima de las montañas que le rodean.

En la mañana del día 18, bajo las laderas del Cerro Méjico, empezamos la travesía de Playa Ancha, un enorme pedregal de doce kilómetros de largo en donde sólo se ascienden 100 metros de

desnivel y donde la pobre vegetación de espinos que acompañaba la marcha empieza a desaparecer.

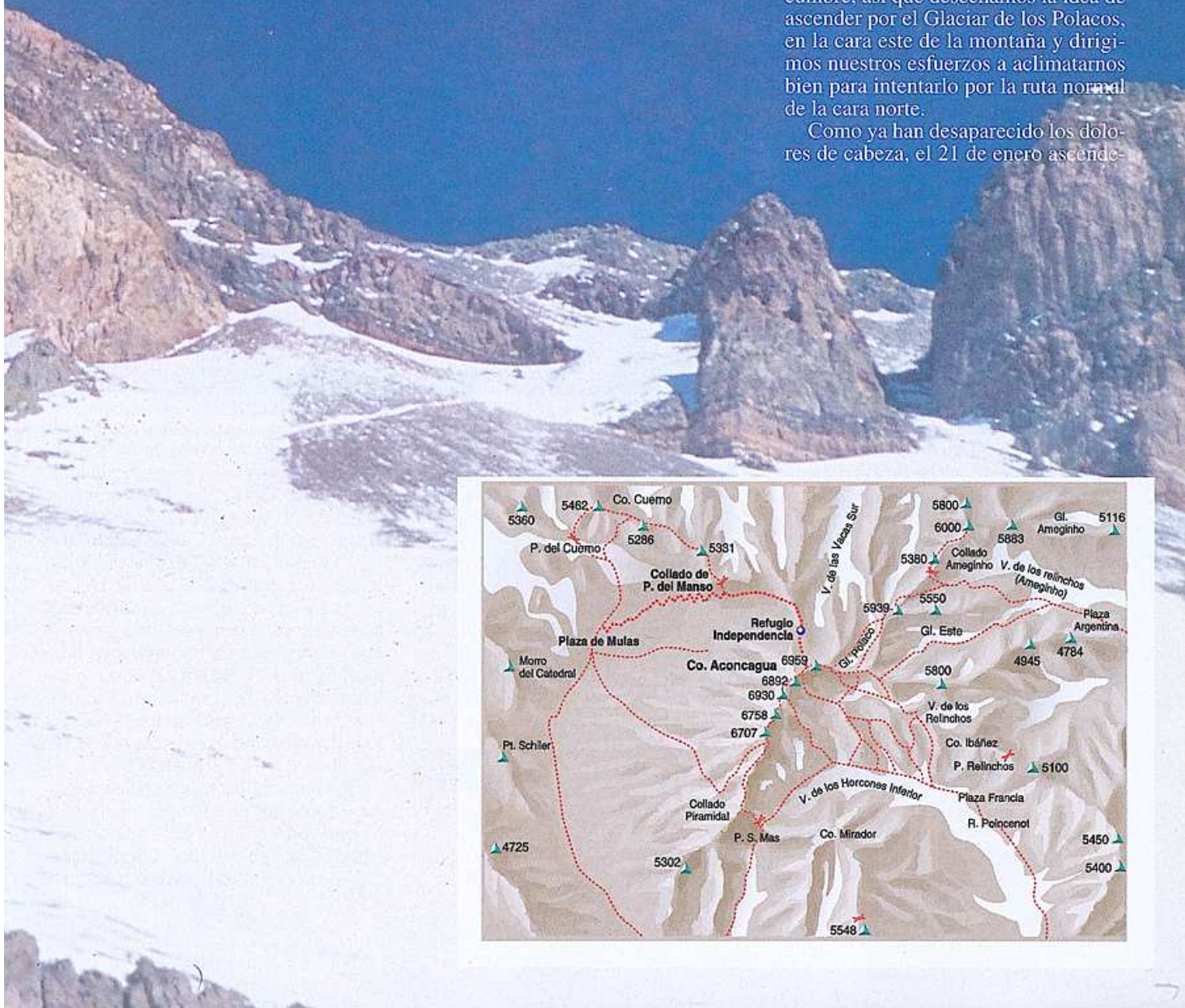
CAMPAMENTO BASE. Por la tarde llegamos a Plaza de Mulas (4.200 m), lugar donde se emplaza el campamento base, y ya podemos ver las canales de la cara oeste cargadas de nieve mientras instalamos nuestras tiendas de campaña.

Después de haber visto la montaña tantas veces en fotografía, todavía impresionan los tres mil metros de desnivel bajo los que estamos acampados con otros cien montañeros. Quizá sea por la gran cantidad de nieve que hay en la ladera por donde transcurre la ruta que tenemos pensado ascender.

En la Plaza de Mulas se hace patente la desgracia de esta montaña de ser el techo de América. Casi cien tiendas

de campaña están instaladas en las laderas del Aconcagua y más de uno aprovecha para hacer negocio. El grupo de rescate está formado por cuatro voluntarios, que además trabajan de porteadores y que cobran casi un millón de pesetas por hacer una evacuación. En una tienda grande hay alojado un médico cuyos servicios están incluidos en el pago del permiso de ascensión y que dispone de una cámara hiperbárica para los que bajan afectados por el mal de altura. Desgraciadamente vimos trabajar al grupo de rescate más de una vez, y con medios además bastante precarios. Al día siguiente lo dedicamos a preparar el material mientras nos aclimatábamos y el día 20 subimos unos 500 metros con la cámara de fotos y algo de comida, con el fin de que nuestro cuerpo se adaptase a la altura. Los que bajan de los campamentos superiores lo hacen sin haber alcanzado la cumbre, así que desechamos la idea de ascender por el Glaciar de los Polacos, en la cara este de la montaña y dirigimos nuestros esfuerzos a aclimatarnos bien para intentarlo por la ruta noroeste de la cara norte.

Como ya han desaparecido los dolores de cabeza, el 21 de enero ascende-





El Aconcagua (de izq. a dcha.): cara oeste desde la Plaza de Mulas; la cumbre sur desde la principal; campamento en Piedra Grande; la sombra del Aconcagua proyectada en la capa de condensación del horizonte al amanecer; los tres expedicionarios y la cumbre a las 17:52 del 27 de enero.

mos hasta el collado de Portezuelo del Manso (5.200 m), al objeto de establecer allí el Campamento I *Nido de Cóndores*, donde dejamos un depósito de comida y material. Como no estamos aún bien aclimatados, la ascensión se hace dura y al bajar decidimos descansar un día en el campamento base. El día 23, con algunas nubes en el cielo, comenzamos la ascensión al Campamento I con idea de pernoctar allí, pero conforme vamos subiendo, las nubes tomaban forma más compacta y un fuerte viento no nos deja ni montar la tienda en *Nido de Cóndores*. Mientras subíamos, nos cruzamos con un grupo de montañeros vascos que había hecho cumbre el día anterior, plantándole cara al fuerte viento. Al empeorar el tiempo preferimos pasar una noche tranquila en Plaza de Mulas a pasarla mal en el Campamento I y bajamos. La idea fue acertada, pues el día 24 continuó el mal tiempo y el viento blanco del Aconcagua hizo bajar a más de uno pensando en que se avecinaba un temporal de nieve como el de la semana anterior.

Por fin, el día 25 amanece despejado y las débiles nubes que cubren la cum-



bre nos indican que el viento en altura no es fuerte. Luis y yo decidimos subir a dormir al Campamento I, pues Félix no se encuentra con moral. Por la tarde ya estamos en *Nido de Cóndores* (5.200 m) con la tienda montada y fundiendo nieve para hidratarnos. A esa altura es fundamental beber de 3 a 5 litros de líquido diarios, pues el cuerpo pierde el triple de agua que al nivel del mar y una deshidratación puede costar la cumbre. Luis ha subido muy fuerte y decide atacar la cumbre desde allí mismo, haciendo al día siguiente los 1.800

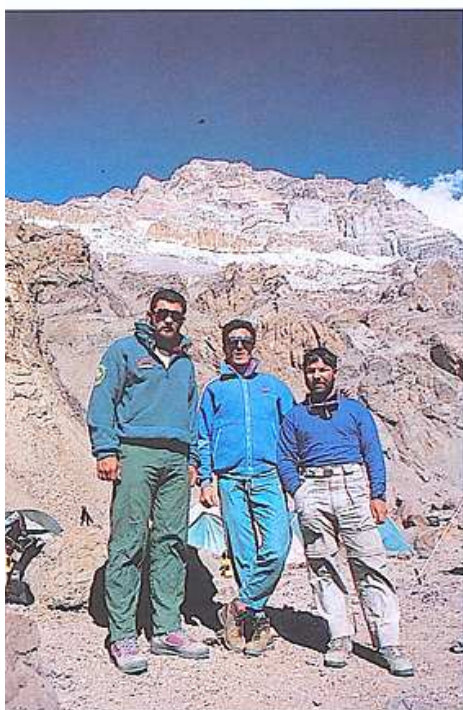
metros de desnivel que nos separan de la cima. Yo prefiero subir hasta el Campamento II, *Berlín*, y atacar desde allí.

En la tarde del día 26 Luis alcanza la cumbre del Aconcagua mientras yo ya tengo instalado el Campamento II a 5.950 metros. El día 27, a las 07:00 comienzo la ascensión a la cumbre con Aldo, un joven argentino de 19 años al que conocimos en Puente del Inca y que ya nos acompañó la noche anterior en *Nido de Cóndores*. A esa hora el termómetro marca dentro de la tienda diez grados bajo cero. Nos acompañan en la ascensión dos montañeros italianos que llevan dos días en *Berlín* aclimatándose.

Todavía con las espectaculares imágenes del atardecer del día anterior, en el que todo cambió de color ininterrumpidamente con una sinfonía de luces rojas y naranjas, miramos hacia el

COMPONENTES DE LA EXPEDICION ACONCAGUA 1995

LUIS ALBERTO AGÜERO FIDALGO (Grupo Almanzor de Avila)
 FELIX GARCIA GARCIA (Grupo Almanzor de Avila)
 FERNANDO RIVERO DIAZ (EREIM de Arenas de San Pedro (Avila))



oeste y vemos la sombra del Aconcagua proyectada sobre la capa de condensación que no nos deja ver el océano Pacífico. Buena imagen para empezar la marcha, cuyo ritmo es bueno en un principio, 200 metros de desnivel a la hora, quizá para atenuar el intenso frío que hace, pues aunque el viento es muy flojo no siento los dedos de los pies. A las nueve de la mañana hemos alcanzado el Refugio Independencia, a 6.400 metros de altura, donde casi nadie establece campamento de altura por estar muy azotado por el viento.

Cuando cruzamos el Gran Acarreo, el ritmo de marcha se hace más lento y tenemos que parar cada pocos metros para tomar aire. Tenemos suerte y encontramos la Canaleta con nieve hasta casi la mitad, pues este tramo es un pedregal que no está asentado y con bas-

tante inclinación, donde das dos pasos hacia arriba y te deslizas uno hacia abajo. Parece que estás subiendo por la duna de arena de una playa. Ahora me doy cuenta de por qué tanta gente renuncia a la cumbre cuando sólo quedan 300 metros para alcanzarla. En algunos momentos se pierde la serenidad y aunque se tiene la cumbre aparentemente a un paso, se tarda un buen tiempo en llegar.

CUMBRE. Alcanzamos la cima a las 17:52 horas del 27 de enero. Me sentía tan cansado que no tenía ya fuerzas para tener ningún tipo de emoción externa, tan solo la tranquilidad de haber conseguido aquello por lo que había estado trabajando varios días. En la cima estuvimos unos veinte minutos haciendo las fotos de rigor junto a la cruz de

aluminio y disfrutamos del paisaje, mientras las nubes nos dejaron, intentando recuperar el aliento con el poco oxígeno que nos llegaba. El descenso al Campamento II se convirtió en un suplicio, pues bajábamos deshidratados y llegamos de noche a la tienda de campaña siguiendo nuestras huellas en la nieve con facilidad. Allí nos esperaban los compañeros del argentino que estaban ya preocupados por nosotros.

Al día siguiente comenzamos el descenso a Plaza de Mulas, donde después de recuperar nuevas fuerzas descendimos a la aldea de Puente del Inca, y desde allí a la estación de esquí de Penitentes, donde nos dimos la primera ducha en trece días, una modesta cena y a dormir hasta que pasó el autobús que nos llevara a Mendoza.

Como nos sobraban días hasta regresar a Buenos Aires, fuimos a Viña del Mar (Chile), para ver el Pacífico y aprovechar la oportunidad de visitar otro país en nuestra estancia en Sudamérica.

El día 2 de febrero nos vamos a Buenos Aires y me tengo que despedir de Félix y de Luis, que por compromisos profesionales tienen que volver a España, mientras que para mí comienza la segunda parte del viaje, que aunque bastante más corta, fue más interesante: Patagonia.

PATAGONIA. El día 3 llego a la localidad de Río Gallegos, en avión desde Buenos Aires, y esa misma tarde me traslado en autobús hasta El Calafate, un pequeño pueblo situado en la orilla Sur del Lago Argentino, el más grande del país. Esta población sirve de base para las vistas al Parque Nacional de los Glaciares. Por el camino, en un autobús que no alcanza más de 50 km/h y que circula por un camino de tierra, me pregunto dónde están esos fantásticos paisajes de las fotografías de los libros de montaña, pues en cuatro horas de viaje sólo cruzamos una estepa pobre en matorrales.

Al llegar a Calafate ya se ven a lo lejos algunas montañas de la cordillera y resulta curioso ver el agua del lago Argentino de color turquesa, debido a la leche glaciar, que son partículas de cuarzo que se hallan en suspensión en el agua.

Al día siguiente visitó el Glaciar Perito Moreno, uno de los pocos glaciares en crecimiento que quedan en el mundo y que cada cuatro años aproximadamente se cierra sobre la península de



Vista del glaciar Perito Moreno desde la península de Magallanes.



El Fitz Roy, una de las impresionantes montañas de la Patagonia argentina.

Magallanes, dividiendo en dos al lago Argentino e inundándose una de dichas partes, al no tener por donde desaguar y rompiendo el glaciar por la presión de las aguas. Durante la visita se ven grandes seracs desprendiéndose del glaciar y precipitándose en el agua del lago.

El 5 de febrero salimos con una embarcación desde Punta Bandera, cerca de Calafate, navegando entre pequeños icebergs por el Brazo Norte del lago Argentino, hasta la Estancia Cristina y desde allí caminamos durante tres horas hasta el Refugio Pascal, instalado para los glaciólogos que estudian los 300 glaciares de este parque nacional. Desde las laderas de un cerro cercano podemos admirar el impresionante aspecto del glaciar Upsala, uno de los más grandes del parque, con sesenta kilómetros de largo y una extensión equivalente al triple de la ciudad de Buenos Aires. Todo un espectáculo donde es

difícil darse cuenta de las dimensiones de lo que se ve.

Después de estas dos visitas por la zona sur del Parque Nacional de los Glaciares, el 6 de febrero me traslado en autobús hasta la aldea de El Chaltén, para en dos días visitar los campamentos base del Fitz Roy y del Cerro Torre, desde los que hay una buena panorámica de estas impresionantes montañas.

El Fitz Roy se dejó ver durante los dos días que permanecí en la zona, pero el Cerro Torre, más tímido, sólo lo hizo durante cinco minutos. El resto del tiempo permaneció escondido dentro de una tupida nube.

La última parte del viaje consistió en pasar la frontera hacia Chile para conocer el Parque Nacional de las Torres del Paine, desde la localidad de Puerto Natales. Los dos días de visita planeados se convirtieron en uno, debido al mal tiempo, pero al menos entre nubes pude ver lo más importante del parque. ♦